

Una tumba en el destierro

La muerte de Isaías Gamboa

Cuando aún vagaba entre los sauces y cipreses del cementerio de Santiago el eco tristemente doloroso del último golpe con que el sepulturero cerraba para siempre el nicho donde reposan los restos de Juan Coronel, el cable nos comunicaba desde el Perú, que en el Callao, en una cama de arriendo del Hospital de Guadalupe, Isaías Gamboa había emprendido el viaje de regreso hacia el gran mundo ignoto, de donde todos somos y hacia donde todos volvemos.

La muerte de Gamboa, como la muerte de Coronel, no era para nosotros, los que le conocíamos de cerca, acontecimiento inesperado. Todos sabíamos que la vida de Isaías estaba egoístamente contada. Las durezas de la última revolución colombiana en la que tomara parte, junto con las inclemencias del clima chileno, habían minado definitivamente su organismo, llevando hasta las células de sus pulmones, el implacable microbio de la tisis.

Fijo en mi memoria está el recuerdo de la primera visita que le hice en su lecho de dolor, que ya era su lecho de muerte. Fué en una noche espléndida del mes de diciembre pasado. Alberto Masferrer, Joaquín Vigil y yo, nos encontrábamos comiendo en casa del primero. De pronto alguien aseguró que Gamboa guardaba cama en el Liceo alemán, atacado de mal incurable. Se dijo que, además, nuestro amigo se hallaba casi abandonado, pues siendo tiempo de vacaciones, no vivían en el establecimiento sino él y algunos profesores que poco o ningún caso hacían de su dolencia. Inmediatamente brotó de todos los labios la misma proposición: «Vamos a verle».

Y fuimos. Allí estaba el poeta enfermo, doliente y solo: la tos, la incansable y terrible tos que atormen-

ta los días últimos de los tísicos, no le dejaba un solo instante. Su color era pálido, con palidez cadavérica, su mirada incierta, vaga, con esa incertidumbre y esa vaguedad de los que van ya en camino hacia el país del misterio. Sin embargo, él, engañado con la mentira de la esperanza que acompaña hasta el último instante a los enfermos de ese terrible y extraño mal, se creía sano. «Estoy bien, nos dijo; pronto me levantaré».

Y se levantó en efecto; pero para volver a caer.

Fué en otra hermosa noche de principios de este año, en una estrellada noche de placidez, cuando Masferrer y yo volvimos a dirigir nuestros pasos hacia el nuevo lecho de dolor del poeta. Esta vez se hallaba en el Hotel Francia, al lado de la pieza de Juan Coronel, siempre «entre sábanas de arriendo», como ha dicho un poeta chileno.

Creo haber referido alguna vez que a la hora de nuestra visita figuraba al borde de su lecho, animándole con entusiasta charla el infortunado Coronel. ¡Quién les hubiera dicho a los dos que en el libro donde el Destino va apuntando los nombres de los candidatos a la muerte próxima, ellos figuraban entre los primeros! Recuerdo que Coronel charlaba con ardor, soñando aún, como él lo acostumbraba, con las grandezas de esta vida miserable e inútil. Gamboa reía tristemente. Acaso ya comenzaba a comprender, aunque de vaga manera, que el viaje final le estaba fijado para muy luego. A pesar de todo, él aún trataba de engañarse. Nos habló de mucho en los intervalos que la verbosidad de Coronel, ya loco, se lo permitían — de Colombia, de la vida de Santiago, de sus versos, de su novela «Tierra Nativa», de su *salud*; de todo, menos de

